



OBISPO DE CARTAGENA

## MISA FUNERAL POR EL PAPA EMÉRITO, BENEDICTO XVI

Catedral de Murcia  
3 de enero de 2023

Sr. Arzobispo, vicario general;  
Mons. José Antonio Rodríguez; Cabildo; sacerdotes;  
religiosos y religiosas, seminaristas;  
hermanos y hermanas.

La muerte del Papa emérito, Benedicto XVI, nos ha reunido en estos días de fiesta por el Nacimiento de Nuestro Señor, días de familia y de ternura, para dar gracias a Dios por el gran regalo que hizo a la Iglesia concediéndonos el ministerio petrino del Papa Benedicto, que como se definió él mismo, fue «un humilde trabajador en la viña del Señor». ¡Cuánto hemos sentido su muerte!, pero comprendemos que, seguro que le habrá dicho ya el Señor, «ven bendito de mi Padre a heredar el reino preparado» (Mt. 25, 31ss.), porque él recibió del Señor muchos dones y talentos, pero los puso a trabajar para el bien de la Iglesia, los puso al servicio de todos con una de las mejores virtudes que tiene la vida cristiana, desde el amor, la caridad.

El Papa emérito nos predicó desde el comienzo de su pontificado este estilo de una manera clara y nítida, que amar a los demás abre el camino del cielo y sus últimas palabras -«Jesús, te amo»- son el testimonio de su respuesta al Señor, tal como hemos visto en el Evangelio de san Juan. El amor a Dios y al prójimo ha estado en el centro de su mirada, por eso, os remito a su primera Encíclica: «El amor al prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios» (*Deus Caritas Est*, 16, de 25 de diciembre de 2005). Nadie debe dar por sabidas estas cosas, y nos las recordaba porque son algo importante, no debemos olvidarlas nunca, ya que «el imperativo del amor al prójimo ha sido grabado por el Creador en la naturaleza misma del hombre (DCE, 31), el amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento (DCE, 18)».

La extraordinaria fusión entre amor de Dios y amor al prójimo embellece la vida y hace que vuelva a florecer el desierto en el que a menudo vivimos (Cf. Mensaje, 22 de mayo 2006). Benedicto XVI nos ha estado llamando siempre a la belleza de la verdad, como un padre bueno, para que nada ni nadie nos aparte de la grandeza de Dios creador. En su testamento espiritual nos lo ha dejado claro, muestra de su preocupación, relata cómo desde hace sesenta años acompaña el camino de la teología, especialmente de las ciencias bíblicas, y con la sucesión de las diferentes generaciones, ha visto «derrumbarse» tesis que parecían inamovibles y que resultaron ser meras hipótesis. El Papa nos estaba diciendo que nos agarremos a lo fundamental, no a lo efímero, que no nos dejemos

engañar, para ello nos expone su experiencia. Y dice textualmente en su testamento espiritual: «He visto y veo cómo de la confusión de hipótesis ha surgido y vuelve a surgir lo razonable de la fe. Jesucristo es verdaderamente el camino, la verdad y la vida y la Iglesia, con todas sus insuficiencias, es verdaderamente su cuerpo».

En este texto se ve el alma de una persona grande, de alguien que ha querido a la humanidad, de un testigo del amor del Señor, que desde su experiencia sale a nuestro encuentro para ponernos señales en el camino y que no tropecemos en las dificultades que nos ponemos unos a otros, sino para que sepamos interpretar nuestro papel. Este testimonio del que hago referencia a continuación es propio de un cristiano recio, que os ofrece lo mejor que tiene, su experiencia de fe: «Ante todo, doy gracias a Dios mismo, dador de todo bien, que me ha dado la vida y me ha guiado en diversos momentos de confusión; siempre me ha levantado cuando empezaba a resbalar y siempre me ha devuelto la luz de su semblante. En retrospectiva, veo y comprendo que incluso los tramos oscuros y agotadores de este camino fueron para mi salvación y que fue en ellos donde Él me guio bien». Os ruego que prestéis atención a esta confesión del Papa emérito, porque le encontraremos mucho sentido.

Recientemente el Papa Francisco ha dicho bellas palabras de él y ha resaltado que, «solo Dios conoce **el valor y la fuerza** de su intercesión, de sus sacrificios ofrecidos por el bien de la Iglesia», ha evocado la fecundidad de los casi diez últimos años que Benedicto XVI ha pasado retirado prácticamente en silencio en un monasterio de los Jardines Vaticanos. A este propósito traigo a la memoria el texto del Papa Francisco en la Carta Apostólica, *Totum amoris est*, con motivo del IV centenario de la muerte de san Francisco de Sales. En este documento se resalta que «el hombre está hecho por Dios para volar y desplegar todas sus potencialidades en la llamada al amor», y nos advierte que, si caemos a tierra, nosotros solos, con nuestras solas fuerzas seremos incapaces de levantar el vuelo, si no aceptamos volver a abrir las alas a la brisa del Espíritu. «La fuerza de Dios no deja de ser absolutamente capaz de restablecer el vuelo», pero prestad atención, porque la dulzura de Dios no nos condiciona, sino que **necesita nuestro consentimiento** para levantarnos a lo más alto. ¡Qué bellas palabras! Entiendo que de estas cosas nos ha hablado en su testamento espiritual el Papa emérito, él sabía que «esta gracia nunca hace al hombre pasivo, sino que lleva a comprender que estamos precedidos radicalmente por el amor de Dios, y que **su primer don** consiste precisamente en haber recibido su mismo amor». ¡Qué gran lección, qué experiencia de fe nos ha contado!

Hermanos, escuchemos la llamada que nos hace el Señor con estos acontecimientos y seamos fuertes para aprender a cooperar en nuestra propia realización, «desplegando con confianza las propias alas a la brisa de Dios». ¡Menudo testimonio de fe!

En esta Eucaristía evocamos las palabras del Papa Francisco y recordamos a esta **persona tan noble, tan amable**. Sentimos en el corazón mucha gratitud: gratitud a Dios por haberlo donado a la Iglesia y al mundo; gratitud hacia él, por todo el bien que realizó, y especialmente por su testimonio de fe y oración, especialmente en estos últimos años de su vida retirado.

Gracias, Benedicto XVI, por haberte conocido como una persona sabia, sencilla y buena, gracias por tu mirada, por el interés por escuchar de cerca a todo el que se acercó a ti, gracias por tu dulzura de carácter, por tu voz humilde y sólida que nos acercó a la Verdad. Gracias porque has sabido ser el intérprete del misterio del amor de Dios y de su misericordia. Gracias por el programa que planteaste para servir a la Iglesia. Hoy lo

vuelvo a recordar y me gustaría que todos lo grabáramos en el corazón: «Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la Palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia».

Recemos al Señor, por el Papa emérito, Benedicto XVI, para que el Señor lo reciba en la morada eterna y pueda disfrutar de la cercanía de Nuestra Madre Santísima, la Virgen María. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena